

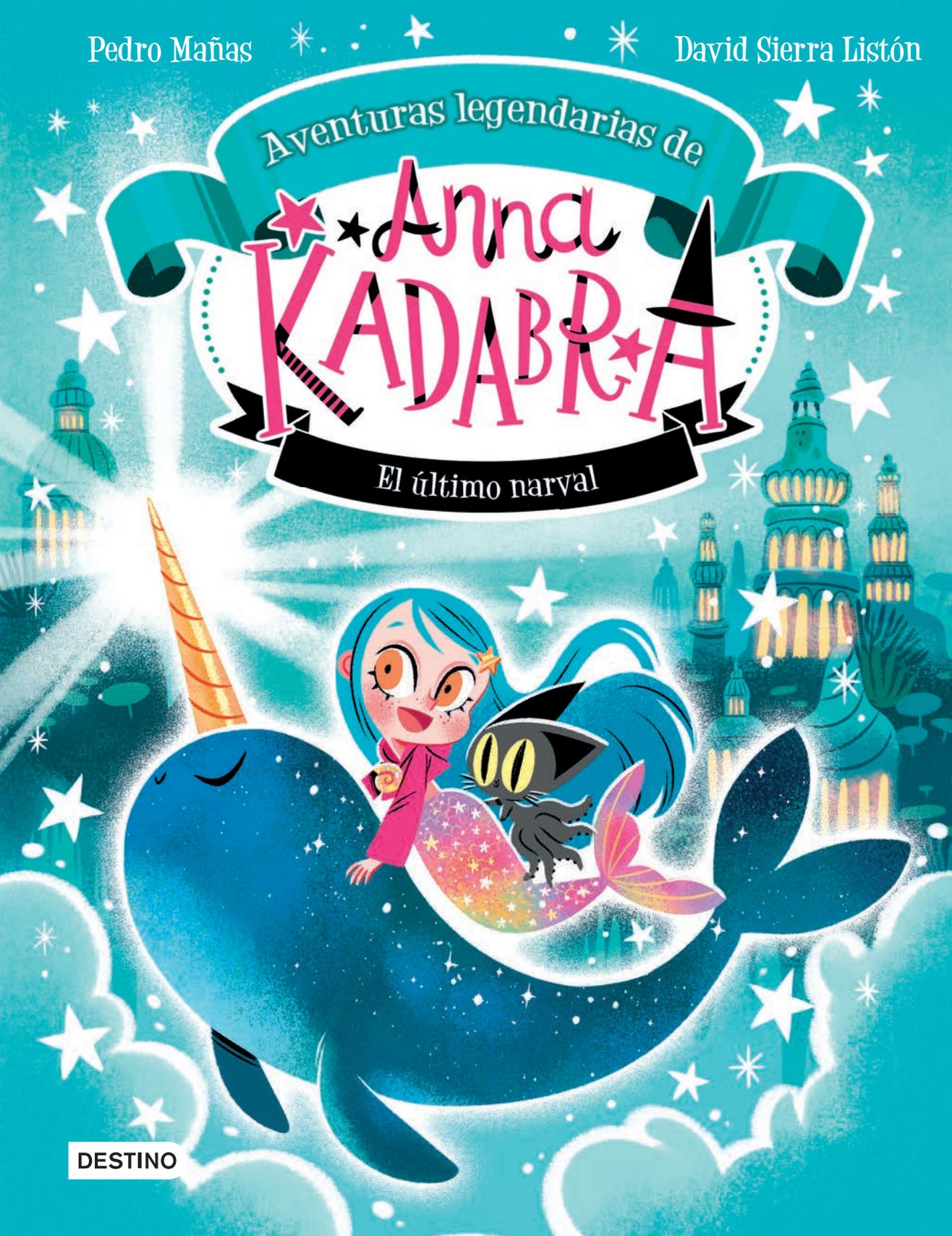
Pedro Mañas

David Sierra Listón

Aventuras legendarias de

Anna KADABRA

El último narval



DESTINO

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Aventuras legendarias de

Anna KADABRA

El último narval



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2024
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Pedro Mañas, 2024
© de las ilustraciones, David Sierra Listón, 2024
Asistente de color: Francisco Javier Fuego
Diseño y maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: noviembre de 2024
ISBN: 978-84-08-29537-2
Depósito legal: B. 18.080-2024
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel de este libro proviene de bosques gestionados de manera sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





Puede que al abrir este libro te haya llegado una bocanada de brisa marina. La misma que respiraba yo aquella mañana, asomada a la ventana de nuestro hotel.

Imagínatelo. Un inmenso mar en calma. El sol arrancando destellos dorados de su superficie azul. Los barcos navegando en el horizonte y las gaviotas planeando como cometas.

Qué, ¿ya te lo has imaginado?

Pues hala, ya puedes olvidarlo todo. Y es que lo que se veía por la ventana era justo lo contrario.

El mar rugía, embravecido. Las gaviotas chillaban bajo

la lluvia. Entre tanto nubarrón, el sol parecía un huevo frito. Los barcos ni te los imagines, porque no había ninguno.

En cuanto a la brisa, era más bien un viento helado que cerró la ventana de golpe.

«¡Otra vez tormenta!», gruñí para mis adentros.

O quizá no fue para mis adentros, porque mis amigos pegaron un bote en sus camas. No sé si me cuesta más controlar mi magia o mis berridos.

Marcus Pocus se sentó en el colchón con cara de sueño. Por un momento, pensé que llevaba a mi gato en la cabeza. Y recién salido de la lavadora. Pero resultó ser solo su flequillo, alborotado por la humedad. El perezoso de Cosmo seguía acurrucado sobre mi almohada.

—¿Y qué esperabas, brujipardilla? —me sonrió mi amigo—. Estamos en pleno invierno.

Francamente, lo que esperaba es que en la playa siempre fuera verano. En esa época es un lugar precioso que se extiende como una cinta dorada junto al faro.

—¿Y no te dice nada que lo llamen el Faro de las Tormentas? —oí a mi espalda.



Ya estaba Sarah con sus lecciones de geografía. Ella, al contrario que Marcus, lucía un pelo perfecto. ¿Cómo hacía para dormir sin despeinarse ni media trenza?

Del aspecto de Oliver Dark no puedo hablar, porque seguía arrebujado bajo su manta. Pero le oía refunfuñar perfectamente.

—¡Ya que no podemos salir, callaos y dejadme seguir durmiendo! —protestaba.

—No hay que desanimarse por un poco de mal tiempo —opinó Ángela—. ¡Arriba, brujipandaaaaa!

No es que gritase. Lo que hacía era bostezar frotándose los ojos, tan hinchados como los de su sapo. La diferencia era que él no llevaba un disfraz de astronauta.

A mi amiga le encanta usarlo como pijama, pero no me preguntes por qué.

Y tampoco me preguntes cómo podía seguir durmiendo nuestra profe con tanto alboroto. Será que sus propios ronquidos no le dejaban oírlo.

Por desgracia para ella, nuestras mascotas son aún más escandalosas.

Mr. Rayo ya había empezado a perseguir a Cruela por la habitación. Globo los animaba imitando el ruido de un coche de carreras. Cosmo saltó a la cama de Madame Prune para evitar las llamaradas de Dardo.

Y fue entonces, claro, cuando la profe se despertó. Parecía un repollo recién florecido con su camisón de encajes. Florecido y sonriente.

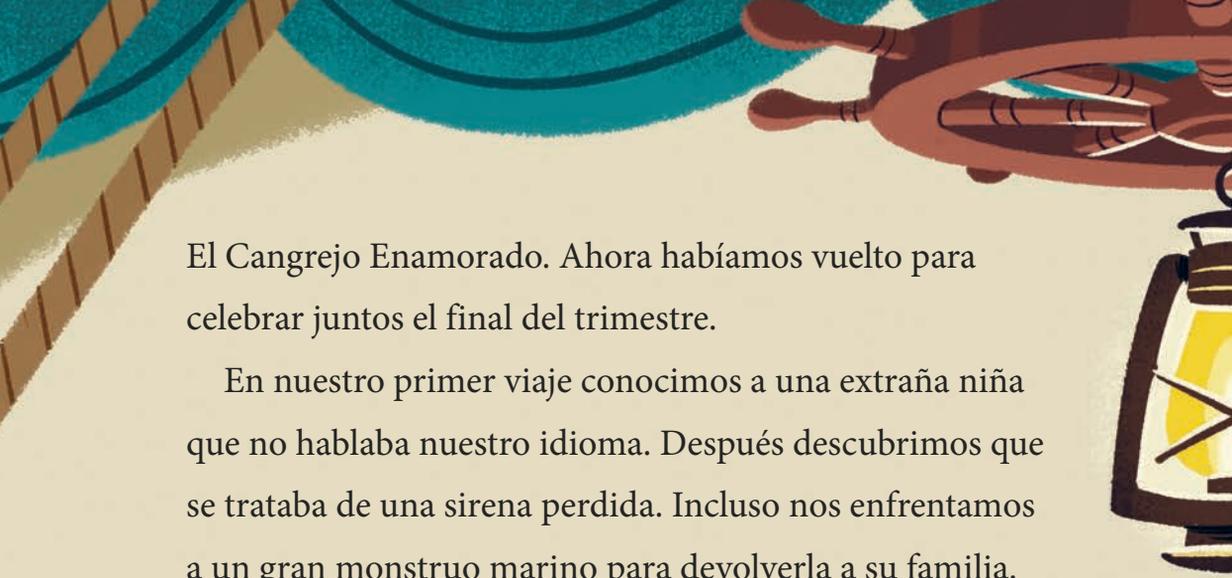


—¡Ay, queridos! —dijo mientras se desperezaba—.
¡Qué bien se duerme junto al mar!

Pues qué suerte. Entre sus ronquidos y lo incómoda que era la cama, yo no había pegado ojo.

De acuerdo, estaba de pésimo humor. Y no solo por la falta de sueño. Es que nuestras vacaciones en la playa pintaban cada vez peor.

No era la primera vez que nos alojábamos en el hotel



El Cangrejo Enamorado. Ahora habíamos vuelto para celebrar juntos el final del trimestre.

En nuestro primer viaje conocimos a una extraña niña que no hablaba nuestro idioma. Después descubrimos que se trataba de una sirena perdida. Incluso nos enfrentamos a un gran monstruo marino para devolverla a su familia.

Esta vez, el único monstruo al que nos enfrentábamos era el aburrimiento. Lo más emocionante que habíamos hecho en dos días era bajar a desayunar.

La emoción estaba en adivinar lo que estábamos comiendo. Y es que El Cangrejo Enamorado no era precisamente el hotel más elegante del mundo.



Las habitaciones eran oscuras. Las lámparas estaban hechas con timones viejos. Las camas eran tan húmedas que apuesto a que había mejillones bajo el colchón.

De todos modos, lo peor era la comida. Y digo «comida» por llamarlo de algún modo.

—Puaj, vaya delicia —gruñí, removiendo con asco el mejunje amarillento de mi plato. Lo mismo podían ser huevos revueltos que gachas de maíz.

—Ef ferdad —replicó Ángela, devorando a dos carrillos—. Eftá fuenísimo.



—Bueno, ¿y qué vamos a hacer si sigue lloviendo?
—preguntó Oliver, enfurruñado.
—Mojarnos —resoplé con aire fúnebre.
—Oh, no os desaniméis, pequeños —sonrió la profe,
desplegando sobre la mesa un folleto turístico—. Fijaos
la de sitios interesantes que se pueden visitar aquí.

Sí, lo malo es que todos eran museos. El Museo de
los Barcos, el Museo de las Redes de Pesca, el Museo de los
Crustáceos...



—Caray —se entusiasmó Sarah al ojearlo—. ¡Hay cuarenta y nueve especies de langostas distintas!

Estupendo. Ahora solo faltaba saber cuál de ellas era más aburrida.

—También podemos quedarnos arriba jugando al parchís mágico —sugirió Marcus.

—Casi prefiero lo de las langostas —gruñó Oliver.

Por una vez, estuve de acuerdo con él. Lo único especial del parchís mágico es que las fichas se mueven solas. Puedes echarte a dormir mientras ellas se comen unas a otras.

—¿Y si salimos a pasear bajo la tormenta? —comentó Ángela.

—¿Y si directamente me meto vestida en la bañera? —refunfuñé.

—No seas tan pesimista, querida —me reprendió Madame Prune—. De algún modo tenemos que festejar que habéis superado los exámenes, ¿no te parece?

No respondí nada. Se me había atragantado el desayuno.

Y no solo por lo malo que estaba. Es que los exámenes me habían salido fatal.

En el de Historia había confundido a Agripina la Andrajosa con Anastasia la Mugrienta. En el de Levitación casi convierto a Cosmo en el primer gato en pisar la Luna. En el de Pociones solo había conseguido crear explosiones.

Eso por no hablar de la asignatura de Hechizos. Mi pupitre acabó más lleno de merluzas que el mostrador de una pescadería. Son mi especialidad cuando me pongo nerviosa.

Por suerte, Madame Prune aún no nos había entregado las notas. Y confiaba en poder impresionarla durante el viaje para subir un poco mis calificaciones.

Pero ¿cómo iba a impresionarla si no surgía ninguna aventura? ¿Ganando al parchís? En nuestro hotel no había más peligro que alguna que otra cucaracha.

O al menos eso pensé hasta que terminamos el desayuno y regresamos a la habitación.

Y es que dentro ya había alguien esperándonos.